

Delobelle se resistía sin embargo.

Pero por fin cedió, prometiendo mantenerse firme por algún tiempo, ya que así lo querían ellas; pero no sino á fuerza de súplicas y caricias pudieron triunfar de su noble resistencia.

Un cuarto de hora después, desfallecido por su monólogo, muy bien desempeñado por cierto, y aliviado por la expansión que había dado á su despecho, estaba sentado á un extremo de la mesa y cenaba con muy buen apetito, no habiendo guardado de todo esto mas que una ligera lasitud, como un actor que ha hecho un papel muy largo y muy dramático.

En semejante caso, el actor que ha conmovido al público llorando verdaderas lágrimas en escena, ni se acuerda de ello fuera del teatro; deja su emoción en su vestuario con su traje y sus pelucas, mientras más ingenuos, más vivamente impresionados los espectadores, vuelven á su casa con el corazón apretado y con una excitación nerviosa que apenas los deja conciliar el sueño.

Desiderata y su madre durmieron muy poco aquella noche.



FUÉ un mal la estancia de las dos familias en Savigny espacio de un mes.

Después de dos años se encontraban juntos Jorge y Sidonia en la vieja posesión, demasiado vieja para no ser siempre semejante á sí misma y donde las piedras, los estanques, los árboles parecían una irrisión de todo lo que se trueca y pasa. Habríanse necesitado dos almas templadas de otro modo muy distinto, para que esta aproximación no les hubiera sido funesta.

Por lo que toca á Clara, nunca había sido mas feliz, jamás le pareciera Savigny tan bello. ¡Qué alegría pasear á su hija por aquel alfombrado de musgo, por donde, siendo niña, había paseado ella misma; sentarse, ya mujer de estado, en aquellos bancos sombreados por bellos doseles de fronda, donde su madre vigilaba sus juegos de otro tiempo; ir á reconocer, del brazo con Jorge, los sitios en que, niños los dos, habían jugado juntos! Con esto sentía Clara una satisfacción tranquila, esa felicidad de las almas serenas que se saborea en silencio.

Sidonia gustaba poco ó nada de estos idilios y raras veces iba á estos paseos maternos. Decía que la mareaba el ruido, la inquietud de los niños, y en esto estaba de acuerdo con el viejo Gardinois, que de todo sacaba pretexto para contradecir á su nieta. Creyendo mortificarla, sólo se ocupaba en complacer á Sidonia, á quien proporcionaba ahora más distracciones y gustos que en su última estada en la quinta. Los coches olvidados en la cochera hacia dos años, fueron puestos á su disposición. Enganchaba tres veces al día, y la puerta de la verja giraba ahora sobre sus gonces continuamente.

Todo en la casa seguía el mismo impulso: el jardinero cuidaba mejor las flores, porque madama Risler escogía las más bellas para adornar sus cabellos antes de sentarse á la mesa. Después venían visitas. Organizábanse giras, que Clara presidía de derecho, pero en las cuales Sidonia, tan alegre de suyo, brillaba sin competencia. Además, muy á menudo su amiga le dejaba libre el puesto. La niña tenía sus horas de sueño y de paseo á que ninguna diversión se anteponía nunca. La madre tenía por necesidad que ausentarse, y aun por las tardes no siempre podía ir con Sidonia á esperar á los dos consocios que volvían de París.

— Discúlrame con ellos—le decía subiendo á su aposento.

Sidonia triunfaba. Elegante y ociosa, se iba al galope de sus caballos, inconsciente de la rápida carrera, sin pensar.

Sólo el aire fresco que agitaba su velo le hacía vivir.

Un ventorro entrevisto vagamente, ó alguna rapaza mal vestida, le recordaban sus antiguos paseos del domingo en compañía de Risler y sus padres; y el leve estremecimiento que le causaba este recuerdo, la acomodaba mejor entre sus atavíos al suave meneo del coche en que se adormecía feliz y segura.

En la estación esperaban otros carruajes. Mirábanla con insistencia y dos ó tres veces oyó cuchichear cerca de sí: «Es madama Fromont menor.» La verdad es que podían engañarse fácilmente viéndolos á los tres retirarse de la estación, Sidonia y Jorge en el fondo hablando y riendo mano á mano. Risler enfrente de ellos sonriendo plácidamente como un bendito de Dios, conllevando el vaivén con el apoyo de sus enormes manos puestas sobre sus rodillas. La idea de que la tomaban por Clara, engreía y halagaba mucho á Sidonia, y cada día se iba habituando más á ella.

Á la llegada á la quinta, separábanse las dos familias hasta la hora de comer; pero al lado de su esposa, tranquilamente instalada cerca de su hija dormida, Jorge Fromont, demasiado joven para entregarse á la intimidad de su dicha, pensaba con recreación morosa en la brillante Sidonia cuya voz de canto se oía, alegre y triunfal bajo las enramadas del jardín.

Mientras se transformaba toda la quinta al regalado gusto ó capricho de Sidonia, continuaba el viejo Gardinois su existencia mezquina de ricacho aburrido, ocioso é impotente. Lo que mejor había encontrado para distracción era el espionaje. Las idas y venidas de los criados, las murmuraciones que á su costa sostenían en la cocina, el capazo de fruta y legumbres que se traía todas las mañanas eran el objeto de su investigación continua. Para él no había placer mayor que sorprender en falta á alguien. Esto lo ocupaba, le daba importancia, y luégo en la mesa refería el hecho minuciosamente á los comensales, las mañas de que se había valido para llegar á este triunfo, la turbación y súplicas del culpable.

Para esta vigilancia perpetua, el bueno del hombre había adoptado un banco de piedra incrustado en la arena, detrás de una inmensa *paulownia*. Sin leer ni aun pensar permanecía allí espionando quien entraba y

salía. Para su policía de noche había imaginado otras mañas. Bajo el vestíbulo de la entrada había hecho practicar una abertura, que correspondía á su aposento situado en el piso principal: un tubo acústico perfeccionado debía conducir allá arriba todos los ruidos de la planta baja, hasta las conversaciones de los criados que por parte de noche tomaban el fresco en la escalinata.

Por desgracia, tan perfeccionado era el conducto que exageraba los sonidos, los prolongaba y confundía, y el perpetuo y rítmico golpeteo de la péndola de un reló tamaño, los gritos de un papagayo que estaba abajo en su pértiga, el cacareo de alguna gallina buscando un grano perdido, esto era todo lo que el caviloso y necio Gardinois podía oír, cuando aplicaba el oído al tubo. En cuanto á las voces, no llegaban á él sino como un rumor confuso, como un murmullo de gente ó garrulería sin cosa de palabra ni sentido. No sentía, sin embargo, los gastos de instalación, y disimulaba su maravilla acústica entre los pliegues de las cortinas de su cama.

Una noche, el viejo millonario, que acababa de dormirse, hubo de despertarse sobresaltado al gemido de una puerta, cosa extraordinaria á aquellas horas. Todos los de la casa debían estar durmiendo, sin que se oyera otra cosa que las pisadas de los perros. ¡Buena ocasión para servirse del aparato acústico! Y Mr. Gardinois se cercioró de que no se había engañado, aplicando el oído al tubo.

El ruido continuaba: abríase una puerta, luego otra. El cerrojo de la escalinata se corrió á un esfuerzo; pero ni Piramo, ni Tisbe, ni aun siquiera Kiss, el terrible terranova, daban señales de vida. Levantóse entonces muy atentadamente á ver quiénes podían ser aquellos singulares ladrones, que salían en vez de entrar, y á través de los listones de las persianas, he aquí lo que pudo descubrir.

Un hombre alto y delgado, que tenía el mismo aire

de Jorge, daba el brazo á una dama, esbelta y elegante también, que tenía el aire mismo de Sidonia; y los dos se detuvieron en el banco de la *paulownia*, cuyas ramas estaban cuajadas de flores.

Perdidos bajo la sombra del árbol, aparecieron luego á la claridad de la luna, y entonces la enlazada y lánguida pareja cruzó lentamente la escalinata y se perdió bajo el seto.

— Seguro estaba de ello — dijo para sí el viejo Gardinois, que los reconoció desde luego.

¿Ni qué necesidad tenía de reconocerlos? La quietud de los perros, el reposo de la casa ¿no le decían mejor que todo qué especie de crimen, insolente, ignorado, impune, frecuentaba de noche las avenidas de su parque?

De cualquier modo, el viejo campesino se congratuló de su descubrimiento, y volvió á tientas á acostarse riéndose á sus solas.

La dichosa pareja, perdida entre las sombras de la noche y los ojaranzos del seto, había vuelto á encontrar su amor en la misma avenida. El tiempo que había mediado, lleno de vacilaciones, de resistencias y vagos combates, no parecía sino una preparación de su encuentro. Y no hay para qué decir que una vez cometida la falta, sólo hubieron de extrañar haber tardado tanto.

Jorge Fromont, especialmente, estaba poseído de una pasión loca: engañaba á su esposa, su mejor amiga; engañaba á Risler, su consocio, su amigo, su compañero leal de todos los instantes.

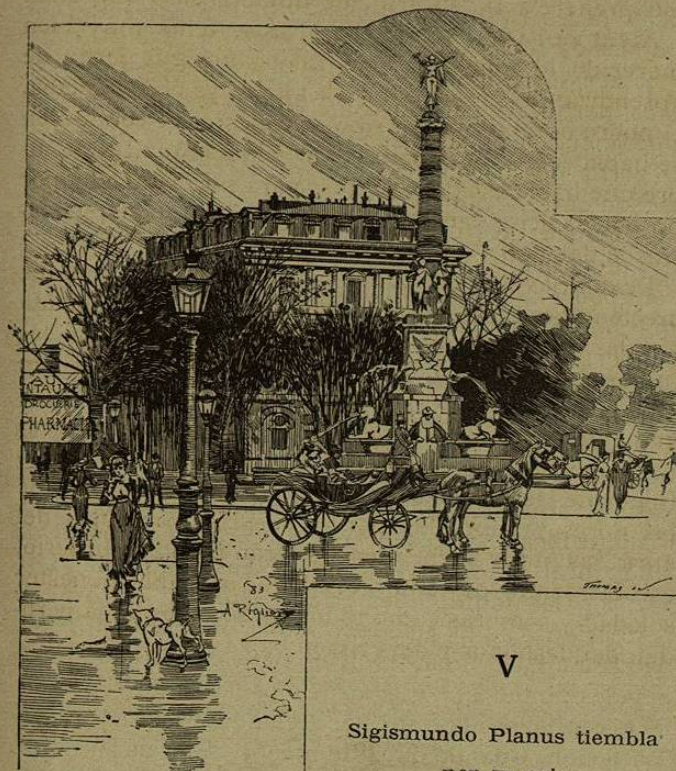
Era una abundancia, una renovación perpetua de remordimientos en que se avivaba y enardecía su amor con la grandeza de su falta. Sidonia vino á ser su idea fija, y echó de ver que no había vivido hasta entonces.

Por lo que á ella toca, su amor se componía de vanidades y rencores. Lo que por encima de todo saboreaba ella más aún era la humillación de Clara á sus ojos. ¡Ah! si hubiéramos podido decirle: tu marido me ama,

me prefiera á ti, su fruición hubiera sido suprema.

Atento á Risler, según ella misma, tenía muy bien merecido lo que le pasaba. En su antigua jerga de aprendiz, en que pensaba ella aún, si ya no la hablaba, el pobre hombre no era sino un vejstorio, con quien se había casado sólo para llegar á la fortuna, un hombre que había nacido expreso para ser engañado, por no sernos lícito darle el nombre que con todas sus letras le daba ella.

De día Savigny era para Clara, para la niña que iba creciendo como la flor del almendro, que se adelanta á todas, y jugueteaba en el jardín y hablaba con las nubes y las aves del cielo. La madre y su hija tenían para sí toda la luz del sol y todo el sol que cabía, pródigamente derramado en las grandes avenidas. Pero las bellas noches, suavemente alumbradas por el pálido fulgor de las estrellas, perfumadas por los efluvios de las flores y animadas por los suspiros y ósculos del aura, las puras noches serenas eran para el adulterio, ese latrocinio del amor conyugal, que ha menester soledad y sombras como todos los secretos de la perfidia, del deshonor y del crimen.



V

Sigismundo Planus tiembla
por su caja

¿UN carruaje para mí, amigo Fromont? Y ¿para qué quiero yo ese carruaje?

— Crea usted, mi querido Risler, que le es indispensable ya el coche. Nuestros negocios y relaciones se extienden más y más cada día, y el cupé no basta ya para nuestras gestiones. Fuera de esto, no parece bien esto de ver siempre á uno de los socios en coche y al otro á pié. Créame usted sin ningún escrúpulo: es un

gasto necesario que entrará por de contado en los generales de la casa.

Risler se resignó á tener coche; se resignó, decimos, porque le parecía como si robara algo á la casa imponiéndole el gasto de este inaudito lujo; pero ante la porfía de su consocio acabó por condescender, diciendo entre sí el bonachón:

— Quiere decir que será para Sidonia, á quien vendrá de perlas.

El pobre hombre no podía ni sospechar que la misma Sidonia había escogido, hacía un mes, en casa de Binder, el cupé que Jorge Fromont quería ofrecerle y cuyo gasto se pasaba á los generales de la fábrica para cubrir mejor el expediente.

Era el bueno de Risler el sér destinado á servir de pantalla á la infidelidad de su esposa. Su honradez natural, aquella confianza en los hombres y en las cosas, que formaba la esencia de su carácter ingenuo, de su natural sencillo y límpido, venía aumentándose aún con las inquietudes que le daba su empeño en perfeccionar su invención, ó sea la *estampadora-Risler*, llamada á hacer una revolución en la industria de los papeles pintados, y que á sus ojos había de representar el capital no aportado por él en numerario á la nueva asociación. Cuando daba de mano y salía de su taller, tenía constantemente la expresión pensativa y laboriosa de los que tienen su vida a un lado y sus preocupaciones á otro.

Así ¡qué dicha para él hallar al volver á su casa á su mujer de buen humor, siempre galana y sonriente! Sin explicarse la causa de este cambio, había notado que de algún tiempo acá no era ya Sidonia la misma con respecto á él: permítiale ahora volver á sus antiguos hábitos, como por ejemplo, la pipa á los postres, la siesta después de comer, la querencia á la cervecera de Blondel con su suegro y Delobelle. El interior

de su casa también se había transformado y embellecido. De día en día el lujo sustituía al conhorto; de esas invenciones fáciles de floridas jardineras; de salón amapola, llegaba ya Sidonia á los refinamientos de la moda, á la manía de los muebles antiguos y de las porcelanas raras. Su gabinete estaba tapizado de seda azul en desmayo y tachonado como un cofre de alhajas. Un piano de cola, de marca célebre, ocupaba el sitio del antiguo, harto modesto; y no ya dos veces por semana, sino todos los días del mes, iba su maestra de canto mistress Dobson con una romanza arrollada en la mano.

Tipo singular el de esta mujer de origen americano, cuyos cabellos de un color rubiclaro como la corteza del limón, se partían sobre una frente empinada y unos ojos de metal empavonado. No queriendo su marido que entrara en el teatro, daba lecciones de canto y cantaba en algunos salones de clase media. Á fuerza de vivir en ese mundo facticio de las melodías para canto y piano, había contraído una especie de exasperación sentimental.

Era la misma romanza. En su boca, las palabras *amor*, *pasión* tenían al parecer ochenta sílabas: tal y tanta era la expresión con que las decía. ¡Oh! ¡la expresión! He aquí lo que mistress Dobson, como tal maestra, enseñaba antes de todo; sino que en vano se esforzaba por comunicársela á su nueva discípula.

Estaba en boga á la sazón aquel ¡*Ay chiquita!* de que París abusó tanto. Sidonia estudiaba con el mayor ahínco la canción de moda, y toda la mañana se la oía cantar á voz en cuello:

Me han dicho que te casas
y yo voy á morir...

— ¡Moriirrr! — interrumpía la expresiva mistress

Dobson, poniéndose todo lo lánguida que podía, lánguida y estirada sobre el ébano del piano.

Y moría, en efecto, levantando al techo los ojos en blanco y echando atrás la cabeza, en guisa de quien se va al otro mundo.

Sidonia no llegaba nunca á este grado máximo de la sensiblería ni menos de la sensibilidad. Ni sus ojos picarescos, ni sus labios hinchados, llenos de vida animal, eran para expresar bien estos patéticos gemidos de arpa eólica. Los estribillos de Offenbach ó de Hervé, picados de notas imprevistas en que ayuda el gesto y acaso un meneo de caderas, le hubieran convenido más; sino que temía confesárselo á su lánguida maestra.

Por lo demás, aunque la hubieran hecho cantar mucho en el taller de las perlas, su voz era aún fresca y no desagradable.

Falta de relaciones, llegó nuestra heroína poco á poco á hacer una amiga íntima de su maestra de canto. Convidábala á almorzar muy á menudo, la llevaba en coche á las tiendas de modas, á las joyerías, á paseo. El tono sentimental y compasivo de mistress Dobson disponía á las confidencias: sus quejas continuas como que querían atraerse otras. Sidonia le habló de Jorge Fromont, atenuando su falta con la crueldad de sus padres, que la habían casado á la fuerza con un hombre rico, pero de mayor edad que ella.

Mistress Dobson se mostró desde luégo dispuesta á servirlos, no ciertamente porque fuera venal, sino porque aquella mujercita tenía la pasión de las pasiones, la afición á las aventuras novelescas. Por desgracia, casada con un dentista, que la maltrataba, todos los maridos eran para ella monstruos, y el pobre Risler, sobre todo, parecía un espantable tirano, cuya mujer tenía el derecho de aborrecerlo y engañarlo.

No hay para qué decir que fué una confidente tan

activa como útil. Dos ó tres veces por semana llevaba localidades para la Ópera, los Italianos ó cualquiera de esos teatrucos de seducción que, durante la temporada, atraen á todo París. Á los ojos de Risler, las localidades provenían de mistress Dobson, la cual aseguraba que tenía todas cuantas quisiera en los teatros de canto. El infeliz no sospechaba que la más barata de aquellas localidades de palco había costado á su consocio de diez á quince luises. Era, en efecto, muy fácil de engañar un marido como aquel. Su inagotable credulidad aceptaba todas las mentiras; y luégo desconocía completamente aquella sociedad facticia en que su mujer comenzaba á deslizarse.

Tampoco la acompañaba nunca: las pocas veces que á los comienzos de su matrimonio había ido con ella al teatro, se había dormido vergonzosamente, demasiado sencillo para preocuparse del público y de imaginación demasiado roma para interesarse en el espectáculo. Así agradecía muy mucho á mistress Dobson la bondad de reemplazarlo al lado de Sidonia.

Por la noche, cuando su mujer salía, siempre tan engalanada y lujosa, contemplábala él con admiración, sin sospechar siquiera el cuantioso valor de aquellos perifollos; menos aún sospechaba la mano de que provenían, y libre de todo recelo, la esperaba en el rincón de la chimenea, diciendo con satisfacción á vueltas de sus dibujos:

— ¡Cómo se divertirá!

En la habitación del principal se hacía la misma comedia, pero con trastrueque de papeles. Aquí era la esposa quien esperaba al amor de la lumbre. Todas las noches, media hora después de la salida de Sidonia, abríase otra vez la puerta para el cupé de Fromont, que conducía al señorito á su círculo. ¿Qué hay que decir? El comercio tiene sus exigencias. En el círculo, al rededor de una mesa de berlanga, es donde se tratan

los grandes negocios, y es preciso ir allá, mal que nos pese, so pena de amenguar la importancia de la casa.

Clara creía esto ingenuamente. Pero luégo que salía su marido, tenía un momento de tristeza. ¡Hubiera agradecido tanto retenerlo á su lado ó salir con él á cualquiera recreación común!... Pero la presencia de su hija, que gorjeaba junto al fuego haciendo ver sus piés de rosa, mientras la desnudaba, muy luégo tranquilizaba á la madre. Además, la gran palabra, *los negocios*, esa razón de estado de los comerciantes, estaba siempre allí para ayudarla á resignarse.

Entretanto Jorge y Sidonia se encontraban en el teatro, y lo que primero sentían al encontrarse juntos no era sino una satisfacción de vanidad, como quiera que los miraban mucho. Verdaderamente ella estaba muy linda entonces, y su fisonomía que necesitaba todas las excentricidades de la moda para causar su verdadero efecto, se las apropiaba tan bien que hubiérase dicho que se inventaban ex-profeso para ella.

Al cabo de un momento se iba quedando sola en el palco la zurcidora de voluntades mistress Dobson.

Habían alquilado una habitación en la avenida Gabriel, en la plazoleta de los Campos Elíseos, el sueño de aquellas mozas del taller de perlas falsas; habitación compuesta sólo de dos piezas, pero cómodas y lujosas, donde el silencio de los barrios ricos, envolvía deliciosamente sus verdaderos amoríos. Poco á poco, cuando Sidonia se hubo habituado á su indecoro, tuvo audacias y caprichos. De sus antiguos días de trabajo, de perlas falsas, había conservado en un rincón de su memoria nombres de bailes, de fondines famosos adonde tenía curiosidad de ir ahora, porque lo que se proponía, sobre todo, en sus devaneos y extravíos era el desquite de sus sinsabores, de los enojos y humillaciones de sus primeros años. Nada, por ejemplo, la divertía tanto, á su vuelta del teatro ó

de un paseo nocturno al Bosque, como una cena en el café Inglés con el ruido del vicio fastuoso al rededor. De estas frecuentes excursiones sacaba modos de hablar y de ponerse, estribillos picareseos y maneras que hacían pasar á la atmósfera burguesa de la antigua casa de comercio la sombra extravagante y exacta del París prostituído de aquel tiempo.

En la fábrica se comenzó ya á sospechar algo. Las mujeres del pueblo, aun las más pobres, entienden tanto en achaques de tocador!... Cuando madama Risler salía á eso de las tres de la tarde, cincuenta pares de ojos tan perspicaces como ansiosos, resguardados tras los vidrios de los talleres de pulir, la miraban pasar, viendo hasta lo hondo de su conciencia al través de su dormán de terciopelo negro y su aderezo de más negro azabache.

Inconsciente de ello, todos sus secretos revoloteaban en torno de su desvanecida frente, como las cintas de su precioso tocado; y sus diminutos piés, calzados de doradas botas, referían cuando andaba todas sus correrías clandestinas, todas sus comensaciones nocturnas, los pasos todos de su mal camino.

Las operarias susurraban con graciosa burlería:

— Miren á Doña Nada. ¡Y cómo se emperejila para salir! Á buen seguro que no se acicalará así para ir á misa.

— Ni menos para ir á confesar.

— ¿Y qué ha de confesar la inmaculada? Los pecados veniales se lavan con agua bendita.

— ¡Y pensar que no hace aún tres años iba al taller todas las mañanas con su *waterproof* y dos cuartos de castañas en los bolsillos para conservar calientes los dedos!

— Pues ahora va en coche triunfal, y no ha menester castañas para tener calientes las manos, muy bien calzadas de cabritilla de color de canario.

Y en el polvo del talco y á los ronquidos de las estufas, caldeadas siempre en invierno y verano, pensaban algunas de aquellas mozas en los caprichos de la suerte que transformaba de repente la existencia de una mujer y soñaban con un porvenir vagamente magnífico, que las esperaba á ellas también sin duda alguna.

Á los ojos de todos, Risler mayor era un marido burlado. En la *estampación*, dos tiradores asiduos, concurrentes á las *Folies-Dramatiques*, aseguraban como cosa cierta haber visto muchas veces á madama Risler en el teatro, acompañada de un galán que se recataba en el fondo del palco. El tío Aquiles refería también cosas sorprendentes...

De que Sidonia tenía uno ó más amantes, nadie dudaba en la fábrica: pero nadie había sospechado aún del principal Jorge Fromont.

Sin embargo, lo que es ella no guardaba ninguna reserva en sus relaciones con él; muy al contrario, hacía al parecer alarde de ellas, y esto acaso era lo que los salvaba. ¡Cuántas veces no se le acercó ella resueltamente en la gradería para convenir en la cita de la noche! ¡Cuántas no se había complacido en estremecerlo, hablándole con los ojos delante de los presentes!... Pasado el primer estupor, todavía le agradecía Fromont tales audacias, que atribuía á un exceso de pasión. Y se engañaba.

Lo que Sidonia hubiera querido, sin pensar en ello, era que Clara los viera desde alguna ventana, que tuviera alguna sospecha de lo que pasaba. Faltábale algo para ser completamente feliz: la inquietud, el recelo, sino los celos de su rival. Pero por más que hacía, Clara no veía nada, y como Risler, vivía en una tranquilidad imperturbable.

Sólo el antiguo cajero, Sigismundo Planus, estaba poseído de verdadera inquietud. Y todavía no pensaba en Sidonia, cuando, con la pluma detrás de la oreja,

suspendía un momento la gran labor de sus cuentas, mirando fijamente al través de su rejilla la regada tierra del jardín; sólo pensaba en su principal, Jorge Fromont, que sacaba ahora de caja mucho dinero para sus gastos corrientes y le embrollaba todos sus libros.

Siempre tenía pretextos para sus frecuentes sacas. Acercábase á la rejilla con cierto aire ligero, ni tímido ni audaz, y decía al malhumorado cajero:

—¿Cómo estamos de fondos, amigo mío?

El honrado cajero lo miraba con expresión indefinible, de lástima, de indignación, de protesta.

El otro no lo miraba á él de ninguna manera y continuaba con toda esta gallardía:

—Perdí otra vez á la berlanga, y no es cosa de enviar al banco por una bagatela.

El cajero abría su caja en silencio, le ponía en la palma de la mano la cantidad previamente determinada, y recordaba con espanto cierto día en que el mismo Fromont, teniendo apenas veinte años, había ido á confesar sus pecados á su tío por valor de algunos miles de francos que había perdido al excomulgado juego.

Desde luégo el probo Sigismundo miró con odio el círculo y con desprecio á todos sus socios. Por qué no acertó á ir un día á la fábrica cierto comerciante, socio de aquella reunión, y le dijo el cajero con brutal llaneza:

—¡Cargue el diablo con vuestro círculo! En dos meses ha dejado en él mi principal más de treinta mil francos.

—Está usted en un error, señor Planus; hace lo menos tres meses que no vemos por allá á Mr. Fromont.

El cajero no insistió; pero le cayó en mientes una idea á que anduvo dando vueltas todo el día.

—Si pues Jorge no va al círculo ¿en dónde diablos

pasa las noches? ¿En qué mil demonios gasta un hombre tanto dinero?

Aquí había con toda evidencia gato encerrado; sino que el gato debía ser una gata.

En cuanto le pasó esta idea por la cabeza, el incorruptible cajero comenzó á temblar por su caja. Aquel oso viejo del cantón de Berna, miraba con verdadero terror á las mujeres en general, y en particular á las de París. Ante todo, para tranquilizar su conciencia, creyó de su deber prevenir á Risler, y lo hizo aunque con cierta vaguedad, de primera intención.

— Mr. Fromont gasta mucho — le dijo un día.

Risler no se turbó ni mucho menos.

— Y ¿qué quieres que yo haga, amigo mío? Mr. Fromont está en su derecho, gastando de lo suyo.

Y el bueno de Risler lo decía como lo sentía, porque á sus ojos, Fromont menor era el dueño absoluto de la casa.

— ¡ Bueno fuera — añadió — que se atreviera á hacerle cargo el antiguo dibujante, hoy consocio por su generosidad!

El cajero no se atrevió á decir más, hasta que un día fueron de una gran casa de modas á presentarle una factura de seis mil francos por una cachemira.

Entonces fué á buscar á Jorge á su despacho con la factura en la mano:

— ¿ Hay que pagar esto? — le preguntó.

Jorge Fromont hubo de sorprenderse, bien que quisiera disimular su impresión.

Sidonia se había olvidado de avisarle esta compra, porque ahora las hacía de su propia autoridad.

— Sí, sí, pague usted, señor Planus — contestó con mal disimulado embarazo.

Y añadió:

— Y cárgueme usted en cuenta la partida, importe de un encargo que me han hecho.

Aquella misma tarde, á prima noche, al encender el cajero su quinqué, vió á Risler cruzar el jardín y le llamó la atención golpeando tenuemente la vidriera.

— ¡ Es una mujer! — le dijo al oído. — Ahora tengo pruebas infalibles.

Y al pronunciar tan misteriosamente estas palabras su voz, perdida entre los rumores de la fábrica, era trémula y temerosa. El ruido del trabajo le parecía siniestro en aquel momento al asombrado cajero; parecía que todas las máquinas en movimiento, la enhiesta chimenea con su penacho de humo, el tumulto de los operarios dados á sus tareas, todo aquello se agitaba, rugía, se fatigaba para un sér misterioso vestido de terciopelo y adornado de joyas.

Risler se burló de él y no quiso creerlo. Conocía de larga fecha la manía de su compatriota de ver en todo la perniciosa influencia de la mujer y no le hizo caso.

Sin embargo, hubo de recordar varias veces el aviso de su buen amigo, sobre todo, de noche, en sus largas horas de soledad, cuando al irse Sidonia al teatro en compañía de mistress Dobson, se iba con toda la pompa de sus galas dejando el aposento vacío, tan luego como pasaba la puerta. Algunas bugías ardían delante de los espejos, y menudos objetos de tocador dispersos, abandonados, bien que revelaban extravagantes caprichos y gastos excesivos. Pero Risler no veía nada de esto: sólo cuando oía el coche de Jorge, sentía como una impresión de malestar, de disgusto, haciendo memoria de cómo la pobre Clara pasaba las noches sola.

— ¡ Pobre señora! — exclamaba — ¡ Si fuera verdad lo que dice Sigismundo; si tuviera Jorge esas relaciones ilícitas!... ¡ Oh! Sería una desgracia.

Entonces, en vez de ponerse á trabajar, bajaba pausadamente al principal á ver si la señora estaba visible, creyendo de su deber hacerle compañía.

La pequeñuela estaba ya acostada; pero su gorrita

y sus zapaticos azules rodaban aún delante de la chimenea entre sus juguetes. Clara estaba leyendo ó trabajando al lado de su madre, silenciosa siempre y siempre en actitud de limpiar algo, siquiera á soplos, con esa tenacidad de las manías.

No era tampoco el buen Risler una compañía muy agradable; mas no por eso dejaba Clara de recibirlo bondadosamente. Sabía la de Fromont todo lo que de Sidonia se decía en la fábrica, y bien que hubiera descontado más de la mitad, la vista de aquel pobre hombre, á quien con tanta frecuencia abandonaba su mujer, le oprimía el corazón. Una piedad recíproca venía á formar el fondo de aquellas apacibles y tranquilas relaciones, y nada más conmovedor que aquellas dos víctimas inconscientes de su propia desgracia procurando distraerse mutuamente.

Sentado al velador en comedio de la estancia, sentíase Risler poco á poco penetrado del calor de hogar, no menos que de la armonía de todo cuanto lo rodeaba. Encontraba allí los muebles que conocía de veinte años atrás, el retrato de su antiguo patrono y principal; y su hija única, la bondadosa Clara, inclinada sobre su labor allí á su lado, le parecía más joven, más bella, más interesante y respetable al amor de aquellos recuerdos, tan antiguos como caros y simpáticos.

De vez en cuando se levantaba la solícita madre para ir á ver á su pequeñuela dormida en la pieza contigua, y cuya respiración dulce y serena se oía, sin embargo, en las pausas de silencio.

Sin saber por qué, se sentía allí el buen Risler bien hallado, más abrigado que en su casa; porque ciertos días su habitación, que se abría sin cesar para entradas y salidas, le parecía un mercado sin puertas ni ventanas, abierto á los cuatro vientos. En su casa se acampaba; aquí se vivía. Una mano cuidadosa lo arreglaba todo con orden y elegancia: las sillas en círculo

parecía que hablaban entre sí en voz tácita; el fuego ardía con cierto amor al hogar y la gorrita de la niña guardaba entre los lazos de sus cintas dulcísimas sonrisas y miradas infantiles.

Entonces, mientras Clara pensaba en que un hombre tan bondadoso de suyo bien merecía una compañera mejor, Risler, por su parte, viendo aquel tan bello y tranquilo rostro, cuyos ojos convertidos á él expresaban tanta indulgencia y piedad, se preguntaba con secreto enojo cómo tenía alma Jorge Fromont, su consocio, para abandonar á mujer tan adorable por una mujerzuela de por ahí.

